

El psicoanálisis

Gerardo García y Pablo Rivarola

Diseño del libro y de la cubierta: Natàlia Serrano

Primera edición: diciembre de 2007

© Gerardo García y Pablo Rivarola, del texto

© Jordi Planella, del texto

© Editorial UOC, de esta edición

Rambla del Poblenou, 156

08018 Barcelona

www.editorialuoc.com

Realización editorial: MEDIAactive,S.L.

Impresión: Ediciones Gráficas Rey, S.L.

Esta obra está sujeta –si no se indica lo contrario– a una licencia Creative Commons de Reconocimiento-No Comercial-Sin obra derivada 3.0 España. Puede copiar, distribuir y comunicar públicamente, siempre y cuando reconozca los créditos de las obras (autoría, Editorial UOC) de la manera especificada por los autores y la Editorial que la publica. No puede hacer uso comercial ni obra derivada sin el permiso del Editor y de los autores. La licencia completa se puede consultar en <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/es/deed.es>

Gerardo García

Gerardo García es psicoanalista y fundador de la Escuela Freudiana-Córdoba (Argentina).

Pablo Rivarola

Pablo Rivarola es psicólogo y psicoanalista. Trabaja como psicólogo forense del EAT Penal de Tarragona.

Nuestro contrato

Este libro le interesará si quiere saber:

- Qué es el complejo de Edipo.
- Cómo se estructura el inconsciente.
- Cómo funciona la interpretación en la práctica analítica.
- Cuál debe ser el lugar del analista en el psicoanálisis.
- Qué función tiene el lenguaje.

Índice de contenidos

Nuestro contrato	5
¿Quién soy?	9
EL COMPLEJO DE EDIPO	11
Las dimensiones simbólica e imaginaria	12
UNA ENSEÑANZA COMPLEJA	23
Una nuez en el bolsillo	23
‘¿Moriremos con la armadura puesta?’	24
El retorno a Freud	25
LOS ORÍGENES	27
Freud en la montaña	28
El enigma de los sueños	30
La muerte y la sexualidad	34
LOS FUNDAMENTOS	37
El inconsciente	38
La repetición	46
La pulsión	51
El analista y el amor	58
LA CADUCIDAD	65
La caída	67
Jean Genet y Rembrandt	67

El porvenir	68
Bibliografía.....	71

¿Quién soy?

Cualquier respuesta al interrogante ¿quién soy? llevará ni más ni menos al engaño, ya que surgirán respuestas que no serán sino representaciones que sostienen al sujeto sobre el vacío. Así, podemos ponernos todas las máscaras que resista nuestro rostro, todas las ficciones que nos ayuden a soportar la realidad. Como la jarra que construye el alfarero, las respuestas del sujeto sólo pueden modelar un vacío, que no es sino el del deseo del Otro.

Si tenemos presente el concepto de tragedia de los griegos, cabe pensar en la experiencia analítica como en una experiencia trágica, en la medida en que el héroe, como el sujeto del análisis, estará solo, sin espejos ni complicidades, y será en su soledad donde deberá responder a su deseo.

Para comprender los rasgos característicos de la experiencia analítica, sus rasgos clínicos, expondremos aquí los elementos teóricos que permiten esta práctica y reconoceremos las preguntas que han estructurado los diferentes conceptos fundamentales como el inconsciente, la repetición, la pulsión y la transferencia.

EL COMPLEJO DE EDIPO

El complejo de Edipo es un concepto fundamental en la teoría del psicoanálisis, que será útil en el momento de intentar comprender una serie de elementos teóricos, como la metáfora paterna, lo real, lo simbólico, lo imaginario, el falo, la represión originaria, el deseo, las formaciones del inconsciente. Todos estos conceptos conforman un corpus teórico propio del discurso psicoanalítico, y el complejo de Edipo es una de las puertas de acceso más adecuadas para la comprensión del inconsciente, al que se dirige la práctica analítica.

Dentro del marco de la teoría psicoanalítica, el sujeto –en la medida en que habla– es impensable si lo apartamos del lenguaje, y es justamente si lo consideramos inmerso en un mundo de lenguaje cuando encontraremos los elementos que lo definirán como ser escindido, dividido. Estas afirmaciones sobre la preeminencia del lenguaje por lo que respecta a la constitución del sujeto están sólidamente fundamentadas en las consideraciones de Jacques Lacan –médico y psicoanalista, fundador de la Escuela Freudiana de París– sobre el complejo de Edipo. De estas consideraciones destacaremos principalmente la que hace referencia a la instauración de la ley reconocida en un orden simbólico.

Pero, en primer lugar, hay que aclarar la diferencia que se establece entre los conceptos de orden simbólico y el lenguaje.

Las dimensiones simbólica e imaginaria

La diferencia que hay que destacar es que dentro del campo del lenguaje coexisten la dimensión simbólica y la imaginaria. La dimensión simbólica del lenguaje es aquella que encuentra sus fundamentos en el significante (término que proviene de la lingüística de Saussure, como la imagen acústica que se relaciona a un significante, es el elemento fonológico del signo. En la teoría de Lacan es quien representa al sujeto y lo determina), en aquello que Lacan denominará la palabra verdadera. Por otro lado, existe la dimensión imaginaria, que está relacionada con el significado, la significación y la palabra vacía. La distinción es que dentro del lenguaje, la dimensión simbólica no es la preeminente. La dimensión simbólica surgirá sobre un sustrato imaginario como resultado del complejo de Edipo.

Este sustrato imaginario encuentra su fundamento en lo que se denomina el estadio del espejo. En el estadio del espejo, el niño se aliena en la imagen que le retorna el espejo, una alienación por medio de la cual el niño recupera esta imagen como propia. La imagen se le presenta ofreciendo una unidad a su cuerpo.

Esto no se fundamenta sólo en el aspecto de la visión, en la visión que él haga de este reflejo. Lo que hace posible que el niño se encuentre y se acepte en esta imagen que le es exterior es lo que aquí denominaremos “mecanismo fundamental”. Este mecanismo es efectivo porque la presencia de otro diferente –un semejante–, está allí para reconocerlo, una presencia que, en tal caso, tendrá el carácter de una mirada de afirmación.

Imaginemos la siguiente situación: el niño ante el espejo y su madre detrás, dirigiendo su mirada hacia el niño que se presenta al espejo, hablando con él y concediéndole su afecto.

A eso se refiere Lacan cuando caracteriza el estadio del espejo como formador del yo. Cada vez más el niño se identificará con esta imagen, se podrá reconocer en las fotografías y sabrá que cuando le hablan, se ríen de él o le riñen, se están dirigiendo a aquella imagen que él es. Una imagen que para él siempre será exterior, y que si se quiere, sólo podrá ser vista y reconocida, en otro, porque todo puede ser visto por el ojo, excepto el ojo mismo.

En el complejo de Edipo es donde todo esto se desarrolla más claramente. Por eso, iniciaremos el análisis, dividiéndolo en tres tiempos.

El niño en el orden real

En el primer momento del complejo de Edipo –antes de que el padre entre en escena–, el niño se encuentra en el orden de lo real, y lo real se considera la plenitud. Por eso no le hace falta nada más, ni tampoco puede cuestionar ni tener en cuenta ninguna presencia.

Lacan hace una diferencia entre lo “real” y aquello que entenderá dentro de su teoría como “realidad”. Lo real se considera todo aquello que nos viene dado, que existe sin estar determinado por la palabra, y también diremos que lo real es para todos. En cambio, cuando hablamos de realidad, ésta será sólo para un sujeto, ya que estará formada por aquellos elementos de lo real que adquieren una significación especial para el individuo, y sobre los cuales éste puede explicar que hay una falta.

Un ejemplo de ‘real’

En su *Seminario VI*, Lacan comenta, a modo de ejemplo, que lo real puede ser entendido como el vértice de una habitación, el lugar donde se unen el techo y las paredes. De este lugar no sabemos nada, simplemente está allí, y será así hasta que una araña dibuje su

tela en ese sitio. Este rincón sólo se nos hará presente a partir de la llegada de este nuevo elemento.

Lo real es la presencia absoluta donde pueden darse todas las posibilidades. El niño se encuentra en este orden, pero no está solo, sino que se conforma dentro de un triángulo imaginario. Además del niño, participan la madre y un tercer elemento que será el que articulará esta relación: el falo.

El niño se encuentra en el orden de lo real, porque sus necesidades son satisfechas por su madre de manera tan inmediata que podríamos pensar que las satisfacciones surgen de manera conjunta con las necesidades. El cuidado que tiene la madre de su hijo nos aproxima a aquello que Lacan explica sobre la posición del niño como objeto de la madre, ya que, como se demuestra en la vida cotidiana, la madre se encarga, en cierta medida, de determinar cuando el niño tiene hambre o frío, por ejemplo. Es posible ver la objetivación de la madre en frases como: “tiene calor”, “se ha quedado con hambre”. En estos casos vemos que sus observaciones responden a necesidades orgánicas, ahora bien, son imaginables las consecuencias que tendrán predicados que vayan más allá, como por ejemplo: “nunca dejó sola a su madre”, “es un chico triste”, “de mayor será...”.

Es en esta relación entre madre y hijo, considerada el primer estadio del complejo de Edipo, cuando el niño es ubicado como el objeto que satisface a la madre y ocupa el lugar de aquello que a ella le falta. Se identifica con aquello que ella no tiene, que es justamente el tercer término de la tríada imaginaria: el falo. Si en la teoría se sitúa el falo en este lugar ausente y se identifica el niño como el falo de la madre, no es sin dejar muy claro que éste es un significante y como tal puede recibir tantos significados como sujetos existen. Por este motivo se

debe evitar remitir el término “falo” al pene, ya que éste no es ningún objeto en particular.

El falo será, pues, el significante que sirve para nombrar a lo ausente. Afirmar que el niño se identificará con el falo es señalar que se identifica con el deseo de la madre, y es por eso por lo que se dice que el niño pretende ser “deseo de deseo” de la madre, eso es, identificar su deseo con el deseo de ella.

Lacan denominará falo imaginario al falo con el cual el niño se identifica —porque es aquello que la madre desea más allá del hijo—, aquello que imaginariamente satisface la falta de la madre. El niño entra en una alternativa dialéctica: ser o no ser el falo.

El niño se frustra

En el segundo momento del complejo de Edipo habrá que analizar cómo el niño, que está inmerso en el mundo del lenguaje, hace su primera aproximación a este mundo. Por eso es conveniente remitirnos a lo que desarrolla Lacan como la dialéctica de la frustración: “La frustración es el verdadero centro de la relación madre-hijo”, dice Lacan. ¿Cómo es que surge la frustración en esta relación? O, más bien, ¿cómo surge la relación, ya que sólo es posible que haya frustración si cae alguna cosa que estaba establecida? Será en esta relación en la que lo real, lo simbólico y lo imaginario se vuelven a presentar.

En esta relación entre madre e hijo, el primer objeto con el cual el niño establece una dependencia es el pecho materno, y este objeto es un objeto real, en “relación directa”, es decir, es o no es en relación con lo ausente. Sin embargo, el pecho, como objeto real, sólo es en representación de él mismo, y por lo tanto este objeto no se puede considerar aún un objeto simbólico.

Con relación a la madre, no aparece desde el inicio. Se trata de algo un poco diferente del objeto primordial y está presente desde los primeros juegos, en los que el niño tomará algún objeto y repetirá la situación de lanzarlo y después recuperarlo. En este juego de presencia y ausencia es donde se encuentra la madre para el niño, gracias al “registro de la llamada”. En esta llamada es donde se empieza a entrever la presencia de un orden simbólico aún precoz.

Si bien hemos mencionado que el niño está inmerso en un mundo de lenguaje, aún no había surgido hasta ahora lo que podemos denominar “ausencia”, la cual se evidencia ante lo que es llamado, donde se convoca a lo ausente. Y aquí es donde la relación con la “falta” del objeto real (el pecho materno) encuentra su vínculo con la madre, como agente de frustración.

La madre es, pues, agente de frustración en tanto en cuanto agente simbólico, un agente al que el niño puede hacer presente mediante la llamada, aunque no responda. Cuando la madre no responde, Lacan afirma que, en caso de que esté inscrita en una estructuración simbólica, pasa a convertirse en real. Y el hecho de que la madre se presente o no dependerá de su arbitrio y no de las llamadas del niño.

Es así como aquel objeto que señalábamos que era un objeto real —el pecho materno— pasa a ser un objeto simbólico, porque empieza a existir para el niño a partir de la ausencia. Una ausencia o presencia que ya no es la de un objeto de satisfacción puro y simple, sino la simbolización de una potencia favorable, la del reconocimiento de su madre. Este reconocimiento encuentra su articulación en el primer momento del complejo de Edipo, cuando la madre ubica al niño en el lugar del falo, el lugar de la falta.

Este segundo momento está determinado por el ingreso del padre, que participa como un cuarto elemento dentro del

complejo de Edipo. El padre se presenta como un rival para el niño, y se reforzará aún más para el niño la alternativa en la que se encuentra con respecto a la madre, la de ser o no el falo, ya que el padre es quien aparece en el mismo plano en que se encontraba el niño. Es por eso por lo que a este padre se le denomina “padre imaginario”.

Este padre se presenta privando a la madre de su hijo como falo, y con respecto al niño, frustrando su posición de falo para la madre, es decir, cuestionando su lugar como sujeto que satisface plenamente a la madre, ya que esta posición estará reservada al padre. Este padre aparece como ley, no como quien la representa, sino como la ley en ella misma porque es quien ejecuta esta doble prohibición tanto para el niño como para la madre.

Este movimiento que se produce cuando se introduce el padre, sólo es posible si la madre funciona como mediadora de su ley, es decir, si ella lo acepta, ya que de nada serviría al niño que el padre apareciese con todo su cuerpo si la madre no lo reconociese como aquel que tiene derecho sobre ella. Este cuarto elemento, sólo existe para el niño si su madre se presenta sometida a una ley que va más allá de ella y a la que supedita su deseo. Lo que hay que destacar en este segundo tiempo del complejo de Edipo no es sólo la aparición de este “otro” que se presenta como rival, sino la ley que este “otro” introduce.

La cuestión de la ley no solamente está implicada como una idea de mandato o de obediencia. Lo que en realidad denota es que el deseo como tal, está supeditado, sometido a la ley del deseo del otro. Es por esta razón que ya no existirá para el niño esta reciprocidad de satisfacción imaginaria en que encontraba su lugar como falo de la madre. A partir de la ley que rige el deseo del otro, este lugar será cuestionado.

El mensaje es aquel que recibirá el niño por parte de su madre, antes de ocupar un lugar o posición en relación a ésta, si entendemos por posición la que adoptará, por ejemplo, el niño como falo de la madre. Esta posición sólo será posible si el mensaje que recibe el niño es aquel por medio del cual la madre lo ubica en este lugar. En tal caso diremos que el niño es escuchado desde el lugar donde previamente se le ha reconocido.

Es por eso que si la función interdictora del padre es efectiva, sólo lo será por mediación de la madre, y será acogida por el niño por medio del discurso de la madre, cuando ella reconoce la ley del padre y acepta que “él hace la ley”. Se produce entonces lo que se denomina un mensaje sobre mensaje, que es el mensaje de la prohibición. Si la madre recibe el mensaje del padre “no reintegrarás tu producto”, es que reconoce esta ley, una ley que regirá su deseo. Al niño le llegará un “mensaje de mensaje”, un “no” como mensaje, ya que si la madre se debe remitir a una ley del otro, es que el niño no es el objeto de deseo de la madre. Es aquí donde lo que mencionábamos de la ley del deseo del otro adquiere sentido para el niño.

Es en este segundo tiempo que la posición del niño de ser “deseo del deseo” alcanza aún más fuerza, ya que aquello que se pone en evidencia es que hay alguna cosa más allá del niño y que la madre desea. Se presenta así la principal característica del deseo: su insatisfacción. Así lo manifestará la madre cuando dé entrada al padre y se coloque bajo su ley, lo cual provocará la renuncia del niño a ser su objeto de deseo.

El padre imaginario es aquel que se presenta ante el niño como rival, debido al reconocimiento que de él hace la madre, y que adquiere el lugar de “padre simbólico”, pero hay que aclarar que esta figura, por ella misma, es inexistente. Es decir, el padre, como tal, no ocupa su lugar con todo su peso sino más bien con toda su sombra, una sombra simbólica. Una

palabra que denunciará su presencia. Una palabra que podría ser cualquiera, pero que para el niño es un mensaje de la madre: el hecho de no ser su objeto de deseo. Esto es así porque sólo es posible que aparezca el padre si la madre, en su papel de madre simbólica, da lugar al padre. Un lugar a su lado, un lugar que ya no es el del niño.

La madre, cuando acepta y reconoce la ley del padre, es la que introduce al niño en el orden simbólico por medio del cual surgirá el significante del nombre del padre. Porque el padre, como tal, no existe para el niño si no es por medio de la madre. Es entonces cuando al niño le llega el “no” del padre, porque es la ley a la que debe responder la madre. Este significante corresponde a la función de aquel que lo ha privado de la madre. Aquel padre que tiene o no tiene —ya que lo deberá demostrar— el objeto que la madre desea: el falo.

Lacan llama a este significante “metáfora del nombre-del-padre”, que para el niño reemplazará —dentro del orden simbólico que ha sido instaurado a partir de la ley— el significante “deseo de la madre”, y que remite a un “significado” que Lacan definirá como una incógnita (x): ¿qué desea la madre?

El padre demuestra que tiene falo

En el tercer tiempo del complejo de Edipo, hará falta la intervención del padre real, porque esta palabra del padre, que ha sido mensaje para el niño como nombre-del-padre, adquiera toda su “potencia”. Es en este tercer momento cuando el padre debe demostrar que tiene falo, interviniendo como quien lo tiene y no como quien lo es. Sólo así será posible que el niño abandone la dialéctica que lo ubica en la conquista para ser el falo y se encuentre ante una nueva dialéctica que se constituirá en el registro de tener o no tener el falo.

Con la intervención del padre, que se presenta afirmándose como quien tiene el falo, se conjugarán las acciones antes mencionadas: la doble prohibición, la frustración (del niño como falo de la madre) y la privación (a la madre de su objeto fálico). De esta manera, el padre se presenta para ejercer dentro del complejo de Edipo su función fundamental: la castración.

En este tercer tiempo mediante el complejo de castración se producirá la declinación del complejo de Edipo y será posible que el niño asuma su sexualidad. El niño abandonará el intento de ser el falo de la madre y de esta manera se identificará con el padre, que se presenta como aquel que tiene aquello que la madre desea.

Para que un sujeto alcance su madurez sexual, es decir, que lo que es genital conquiste su función, debe haber sido castrado. Es decir, para que el hombre pueda tener pene, debe haberlo perdido. En un primer momento, el niño se consideraba el falo imaginario de la madre —todo él era este falo—, ya que se identificaba con el deseo de la madre, pero cuando llega al orden simbólico, la no-diferenciación anatómica entre el hombre y la mujer es cuestionada y el pene adquiere significación para el niño: es algo que podría perder. Es por eso por lo que se definirá la castración como la falta en el orden simbólico (que se ha instituido a partir de la ley) de un objeto imaginario, el falo.

El proceso que instaura la metáfora paterna en el sujeto es justamente su constitución como sujeto del inconsciente, ya que el niño, antes de este momento, se ubicaba como objeto (imaginario) del deseo de la madre y se identificaba con este deseo. Será a partir de este proceso que logrará constituirse como sujeto de deseo, sujeto de la división.

La división que se produce en el niño tiene lugar por medio del orden simbólico, de manera que aquello que antes era

una vivencia real pasará a ser simbolizado en el lenguaje. Esta simbolización de lo real es lo que se produce en la denominada “represión originaria”, por medio de la cual el primer significante que abre el espacio de la falta —falta simbólica, establecida a partir de la castración—, es el significante del deseo de la madre, que, ya reprimido, instauro el inconsciente en el sujeto.

El inconsciente se establece como el efecto de la palabra sobre el sujeto y este efecto conduce a definir el inconsciente estructurado como lenguaje. La represión se presenta como el origen del deseo del sujeto, fundamentado a partir de una falta.

Al estar instituida en un orden simbólico, esta falta es imposible de cubrir, ya que lo que falta es el significante, un significante que para serlo siempre participará de una cadena para encontrar el sentido sólo en oposición a otros significantes, y que, como tal, más que cubrir la falta, siempre será denuncia, siempre será intento y nunca éxito.

Lo que se establece como metáfora del nombre del padre puede aparecer como un síntoma, que evitará que el sujeto caiga en el vacío de la falta, una falta imposible, que le confrontará con su castración y le encontrará desnudo en el momento de responder. Es entonces cuando lo que se presenta como meta del análisis será la posibilidad de escoger “lo peor” del padre, ya que lo peor será asumir plenamente la imposibilidad constitutiva del deseo.

Los conceptos presentados deben servir para adquirir una proximidad al discurso que forma parte de la teoría psicoanalítica, que se aguanta sobre dos pilares fundamentales: la práctica clínica y la enseñanza, la transmisión. Así, si la historia del sujeto es crucial en la práctica clínica, la historia de los conceptos y su formación, tienen un papel fundamental para la comprensión de la teoría.

UNA ENSEÑANZA COMPLEJA

Partimos de un punto necesario que hay que considerar en la transmisión del psicoanálisis: la introducción de los conceptos básicos de la teoría y su articulación en la práctica tienen un estatuto diferente que en el resto de las disciplinas.

La enseñanza del psicoanálisis es compleja, ya que hay una tensión entre el ideal de simplicidad en la comunicación de los conceptos y la necesidad de que lo transmitido tenga la condición de suceso particular en cada uno.

El inconsciente, concepto fundamental del psicoanálisis, presenta una dificultad vinculada a la singularidad del mismo concepto y al hecho de que constituye una dimensión irreducible de nuestras vidas.

La dificultad es lo que denominaremos “la cosa freudiana” y por esta vía nos aproximaremos al objeto del psicoanálisis. Una historia que explica el poeta René Char, nos permitirá continuar interrogándonos sobre el inconsciente, el objeto y la transmisión.

Una nuez en el bolsillo

Durante la Segunda Guerra Mundial, los aviones ingleses deben aterrizar en un campo donde serán recibidos por los partisanos. Se encuentran con un obstáculo en principio insalvable: el campo escogido para el aterrizaje está poblado de

árboles. Hablan con el amo del campo, un campesino, que accede a cederles el prado y sacar los árboles, pero con la condición de que se respete un nogal centenario.

La condición es imposible de respetar por razones de seguridad y el nogal es arrancado. Cuando llegan a la última raíz se sorprenden cuando encuentran un esqueleto. Descubren que los huesos pertenecen a un guerrero de la edad media que murió en el campo de batalla y fue sepultado con la armadura puesta. Había conservado una nuez en la armadura y así había nacido el nogal centenario.

En definitiva, nos encontramos con la sorpresa del encuentro entre dos generaciones de guerreros tan distantes en el tiempo. La historia nos parece ejemplar para recapacitar sobre la transmisión. Están los que antes de la última batalla se guardan la nuez en el bolsillo para dejarnos una especie de legado. Esta herencia, fruto de un encuentro, nos afecta a veces de manera azarosa, impensada. Por eso nos preguntamos qué tipo de transmisión es la adecuada en psicoanálisis.

‘¿Moriremos con la armadura puesta?’

En 1910, diez años después de *La interpretación de los sueños*, cuando tenía aproximadamente 54 años, Sigmund Freud muestra su preocupación por la enseñanza y afirma: “¿Qué haremos el día en que los pensamientos dejen de fluir y las palabras justas ya no nos vengán a la mente? No se puede dejar de temblar ante esta posibilidad. Por eso, pese a la aquiescencia con el destino que corresponde a un hombre honrado, ruego en secreto que no haya enfermedad, que ninguna aflicción paralice mis capacidades; moriremos con la armadura puesta como dijo el rey Macbeth.”

Freud continúa trabajando hasta el final de sus días, y así, ya gravemente enfermo y exiliado en Londres, antes de dejar

caer su pluma nos deja *Conclusiones, ideas, problemas*: “La espacialidad podría ser la proyección del aparato psíquico. Ninguna otra derivación es probable. En lugar del a priori kantiano, las condiciones de nuestro aparato psíquico. La psique es extensa pero no se sabe nada”.

Estas últimas meditaciones sobre el tiempo y el espacio que nos deja como mensaje, fueron reemprendidas posteriormente por Jacques Lacan con una incidencia fundamental en la práctica.

El retorno a Freud

Maurice Blanchot, en su libro *El diálogo inconcluso*, pone en relación a Freud con Sócrates. Lo hace de una manera muy pertinente al mismo tiempo que divertida, porque no duda en considerar a Freud una reencarnación tardía del viejo filósofo. Señala, por una parte, la extrema confianza en el poder liberador de la palabra respecto de los síntomas, y de la otra, la virtud concedida al simple encuentro de un hombre que habla y otro que escucha. Pero hay que considerar que Freud sustituyó la dialéctica por un movimiento de habla diferente, la asociación libre.

Es por este motivo que a Blanchot le sorprende el escándalo que provocó Lacan en el medio psicoanalítico cuando articuló la práctica y la experiencia del análisis con las relaciones esenciales del lenguaje. Se trataba del escrito “Función y campo de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis”, publicado en 1953, donde se remarcaba la primacía de la palabra. Era una dimensión casi olvidada de esta disciplina respecto del fundamento de su estatus y que Lacan reanudó.

El retorno a Freud operado por Lacan no es el retorno a una fuente ideal. Su método es repensar Freud e iniciar una

crítica de la obra freudiana aplicando los criterios de la misma obra.

Todo eso nos lleva a un interrogante que es el centro de gravedad del descubrimiento freudiano: ¿cómo este sistema del significante que se utiliza para el cuidado puede tener una influencia sobre este animal que es el hombre, que no sabe qué hacer ni como librarse del sufrimiento que le comporta?

LOS ORÍGENES

La relación con el origen tiene relación con circunstancias variadas y sería arbitrario enumerarlas y reseñarlas todas. Sin embargo, nos interesa señalar tres hechos que fueron cruciales.

Uno de ellos es el vínculo que Freud mantuvo con un otorrinolaringólogo de Berlín, Wilhelm Fliess, a quien enviaba sus manuscritos antes de ser publicados. Asimismo se reunían periódicamente, reuniones que ellos llamaban “congresos”, e intercambiaban ideas en relación con la teoría que fue tomando consistencia lógica en el caso de Freud y derivó en posiciones casi delirantes en el caso de Fliess.

La correspondencia entre ambos fue intensa y prolongada durante casi diez años y después se interrumpió por controversias que llevaron a la ruptura. Sin embargo, en aquellos años de soledad en la producción de ideas, Fliess se convirtió en un interlocutor privilegiado y casi podría decirse que único.

El segundo de los acontecimientos es la relación singular de Freud hacia las formaciones de su inconsciente. El orden de las confidencias que él mismo nos ofreció bajo la forma de análisis de sus sueños, de sus olvidos, nos estremece por la exposición a que se entrega tras la construcción de la teoría y del dispositivo del análisis.

La tercera circunstancia que queremos remarcar es el encuentro de Freud con la histeria, que le enseñó el camino del inconsciente. Freud empezó desatando la relación de la histeria con el hecho biológico, que era lo que se sostenía hasta entonces. Presentó a la Sociedad de Neurología un caso de afección visual en un hombre y consideró su etiología —estudio de las causas de una enfermedad— atada a la histeria. De esta manera el *histero*, que significa “útero”, era separado como causa del malestar histérico, ya que la persona que sufría el malestar era un hombre.

La plasticidad de la histeria en relación con el significante implicó a su analogía con el sueño, al mismo tiempo que permitió a Freud encontrar la estructura de la palabra en el corazón del síntoma. Sin embargo, más allá de los orígenes, como señala Lacan, lo que interesa no es ser originales, sino ser lógicos. Es lo que intentaremos.

Freud en la montaña

Los *Estudios sobre la histeria* fueron publicados por Freud y Breuer en 1895. El “caso Catalina”, que destaca por la frescura y la espontaneidad del relato, está incluido dentro de estos historiales.

Freud había decidido pasar sus vacaciones en la montaña con el propósito de olvidarse de la neurosis y de la medicina. Se aloja en un hostal y después hace una excursión a la cima de la alta montaña por un camino principal, y después continúa por una ruta accesoria, hasta que llega a la cima. Se sume entonces en la contemplación de un precioso paisaje que casi logra hacerle olvidar la medicina, la neurosis e incluso, podría decirse, que se olvida de él mismo.

Es en esta circunstancia cuando detrás suyo resuena una pregunta: “El señor es médico, ¿verdad?”. Su interlocutora

era una joven de unos dieciocho años, la misma que le había servido el desayuno con un gesto malhumorado. Arrancado entonces de su contemplación, contesta que sí, que es médico, y le pregunta cómo es que ella lo sabía. La chica le responde que lo había visto en el registro de visitantes. Y le pide si podría dedicarle un momento, porque está enferma de los nervios y el médico a quien ha consultado le ha recetado unos medicamentos que no han resuelto su malestar.

Freud explica entonces que, interesado por el hecho de que las neurosis floreciesen también a dos mil metros de altura, empezó a interrogarla. La joven le relata una serie de males- tares que Freud interpreta como una crisis de angustia y que a medida que la narración prosigue se va uniendo a escenas sexuales. Estas escenas tienen la particularidad de integrar a un familiar directo de la chica, que provoca la condición trau- mática de los episodios explicados.

Freud advierte que, a medida que el relato progresa, se va manifestando en el rostro de la joven una sensación de alivio, que supone que es debido a la liberación de un afecto retenido, unido a las escenas en juego. El historial concluye cuando Freud dice que no ha vuelto a saber nada más de Catalina y que espera que aquella conversación le representase algún bien.

Se trata de una presentación muy vívida e ingenua de los inicios mismos de la posibilidad de la escucha y que da por supuesto el efecto curativo de la palabra. Pero lo que interesa remarcar es la imposibilidad de Freud de olvidar el hecho de que es médico y la necesidad del cuidado.

Esta doble condición se despliega en la cima de la montaña referida al ideal médico, y fue necesario el olvido y la caída del ideal para que hubiese un cambio del discurso médico al discurso del psicoanálisis. A continuación abordaremos cómo fue posible esta caída a través de dos formaciones del incons-

ciente que nos presenta Freud: el olvido del nombre Signorelli y el célebre sueño de la inyección de Irma. Empezaremos por el segundo.

El enigma de los sueños

Freud presenta este sueño en el capítulo II de *La interpretación de los sueños*, titulado “El método de la interpretación onírica”, donde se propone demostrar que los sueños son susceptibles de interpretación. Es interesante ver que Freud sugiere adoptar como procedimiento una postura relajada y que el paciente renuncie a la crítica de los productos mentales percibidos.

El éxito del psicoanálisis, según Freud, depende de que se respeten y comuniquen todas las ocurrencias sin rechazar ninguna por considerarlas insignificantes, sin conexión, absurdas o sin sentido. Las ocurrencias que emergen libremente sólo lo son en apariencia, atendida a su determinación inconsciente. Freud escoge uno de los sueños, justamente el que llama “La inyección de Irma” y nos propone que le acompañemos, que hagamos el recorrido de manera conjunta, que nos adentremos hacia esta apertura infernal por el cuello de Irma: “Deberé rogar al lector que haga suyos, durante un tiempo, mis intereses y penetre atentamente conmigo en los más pequeños detalles de mi vida, ya que el descubrimiento del sentido oculto de los sueños exige imperiosamente esta transferencia”.

Freud tiene 40 años en 1895, cuando este sueño se manifiesta y se interpreta. Es un momento crucial, decisivo en el descubrimiento de la función del inconsciente. La misma atmósfera del sueño está impregnada de la sensación de una revelación peligrosa, que al mismo tiempo podría tener consecuencias en la teoría y la práctica del análisis.

Una amiga de la familia

Irma es una mujer joven, amiga próxima de la familia de Freud, con quien éste inicia un psicoanálisis en verano de 1895. La circunstancia de pertenecer al círculo de conocidos coloca a Freud en una posición delicada, incluso incómoda. Efectivamente, un amigo común le lleva noticias de la paciente y le dice que está bien pero no del todo. En el tono en que se pronuncian sus palabras, Freud cree escuchar un cierto reproche. Se despierta en Freud una sensación penosa, que le lleva a redactar aquella misma tarde el historial para justificar su intervención.

Aquella noche, el 24 de julio de 1895, se desencadena el sueño, el primero que Freud somete a una interpretación exhaustiva y minuciosa.

El sueño y la solución

El sueño se inicia con la llegada de Irma a casa de Freud, donde al mismo tiempo hay muchos invitados. Freud se acerca para reprocharle a la paciente que aún no haya aceptado la “solución”. El término alemán *Lösung* tiene, como en castellano, el doble sentido de “solución que se inyecta” y “solución de un conflicto”. Irma le dice entonces que le duele la garganta y el vientre y Freud, intranquilo, piensa que quizá le ha pasado desapercibida alguna afección orgánica y la conduce hacia una ventana para examinarle el cuello.

Podemos advertir cómo en esta primera parte del sueño, Freud no se comporta de una manera diferente que cuando está despierto, pero el paisaje cambia del todo cuando Irma abre la boca. El sueño tiene casi la condición de un chiste, porque tiene lugar en la casa de Freud en Bellevue (Bellavista), pero lo que aparece en el fondo de este cuello no es precisamente bonito de ver.

La apertura infernal

“En la garganta veo una mancha blanca y escaras de forma parecida a los cornetes de la nariz.” La mancha blanca le recuerda la difteria y la grave enfermedad de su hija mayor, mientras que las escaras aluden a una preocupación por su propia salud. Solía tomar cocaína para aligerar una rinitis persistente y había oído decir días atrás que una persona que usaba este mismo medio había sufrido una necrosis de la mucosa nasal. Las asociaciones lo llevan a su amigo Fliess, que era otorrinolaringólogo. La prescripción de cocaína en situaciones análogas le ha atraído los reproches más severos y las asociaciones se dirigen hacia un amigo muerto diez años atrás debido al abuso de este medicamento.

Freud añade que es como si en el sueño se reuniesen todas las ocasiones en las que él mismo se pudiese retraer una conciencia profesional insuficiente. Al mismo tiempo el sueño se articula en diferentes personajes femeninos donde el sueño se inserta en lo desconocido.

Cuando Lacan aborda el análisis de este momento del sueño lo ubica como la acmé, el punto culminante de un espectáculo horroroso: “Esta boca muestra todas las significaciones de equivalencia, todas las condensaciones que se puedan imaginar. Todo se mezcla y se asocia, desde la boca hasta el órgano sexual femenino, la carne que nunca se ve, el fondo de las cosas en lo más profundo del misterio.” Allí llega Freud cuando su campo visual se contrae y queda hipnotizado en el encuentro con estos objetos en el fondo de la garganta de Irma. Visión de angustia en el encuentro con esta masa informe, con esta relación abisal con lo desconocido, donde no llega ninguna palabra.

La cima otra vez

La cima vuelve a nuestro relato para interrogarnos sobre cómo iniciará Freud el camino de vuelta, con más razón si consideramos que nos ha pedido que le acompañemos en su recorrido. Este camino de retorno se inicia con el aviso a diferentes personajes para que vengan a ayudarlo: “Precipitadamente llamó el doctor M., que repite el reconocimiento.” El doctor M. hace más tiempo que ejerce la profesión y ha sido requerido en otras ocasiones de consulta, pero al mismo tiempo está asociado con el hermano mayor de Freud y los une a ambos por haber rechazado una proposición que les había hecho recientemente. Como Irma, el doctor M. no está muy de acuerdo con la solución propuesta: “El doctor M. dice que no hay ninguna duda de que se trata de una infección, pero sobrevendrá una disentería y se eliminará el veneno.” A Freud le parece completamente ridículo, como también las palabras y las formulaciones de los otros personajes, su amigo Otto y su amigo Leopoldo, que redoblan discursos completamente disparatados. En definitiva, es un trío de payasos como los que rodean la fosa de Ofelia y que, en un diálogo prodigioso, hacen que Hamlet deje de desvariar.

Una fórmula de caracteres gruesos

Se declara inocente del todo, pero con los discursos más insensatos. En aquel instante aparece una voz no identificada y de repente sabemos de dónde proviene la infección: “No hace mucho, nuestro amigo Otto puso una inyección a Irma una vez que se encontraba mal, una inyección con un preparado a base de propilo, propileno, ácido propiónico, trimetilamina, cuya fórmula veo en caracteres gruesos.” Para nuestra sorpresa, el sueño culmina con esta fórmula escrita con su carácter enigmático, incluso hermético. Freud señala que ver la fórmula de esta sustancia es un testigo del gran esfuerzo

de su memoria y el hecho de que esté impresa en caracteres gruesos resalta la importancia.

Si al inicio del sueño, cuando Freud dialoga con Irma como lo hubiese hecho despierto, ubicábamos el dominio imaginario, al final el orden simbólico se manifiesta en la palabra clave. Ahora bien, ¿de qué manera el registro simbólico podría abordar este real localizado en el fondo de la garganta?

Si nos hemos extendido en este sueño es porque Freud mismo lo considera el sueño inaugural, el sueño de los sueños, el sueño clave, aquel que respondió a la pregunta que él se formulaba. Es así como en una carta dirigida a Fliess el 12 de junio de 1900 le pregunta si cree que en el futuro se colocará en su casa de Bellevue una placa que diga: “En esta casa, el 24 de julio de 1895, se le reveló al Dr. Sigmund Freud el enigma de los sueños.”

La muerte y la sexualidad

En 1901 se publica la *Psicopatología de la vida cotidiana*. En el epígrafe Freud cita el *Fausto* de Goethe: “Ahora el aire está tan lleno de elementos de cacería que nadie sabe cómo hará para escapar.” Nos transmite con esta citación la imposibilidad de eludir la determinación significativa. Incluso un fenómeno como el olvido será entendido como un mecanismo psíquico.

Tres años antes, en un trabajo titulado “Sobre el mecanismo psíquico del olvido”, utiliza como punto de partida un ejemplo de su propia experiencia y que ahora reitera en la apertura de la *Psicopatología*. Aborda la causa del olvido del nombre Signorelli, el artista que pintó los frescos que representan las escenas del final del mundo, “las cosas últimas” como las llama Freud, en la catedral de Orvieto (Italia).

En vez del nombre que buscaba, le vinieron a la memoria los nombres de dos otros pintores, Botticelli y Boltraffio, que Freud consideró enseguida erróneos. Esta sustitución se produce en el curso de una conversación que Freud mantiene con un compañero ocasional de viaje con quien, antes de preguntarle si había estado en Orvieto, habla de las costumbres de los turcos residentes en Bosnia y Herzegovina. El diálogo se había centrado en la resignación de éstos ante el destino, ya que cuando se anuncia que la muerte de alguno de sus familiares es inevitable, responden: “Señor (*Herr*), qué se le va a hacer.”

Pero Freud recuerda ahora que un colega le había comentado que, por el contrario, en la medida en que estiman el placer sexual por encima de todas las cosas, cuando sufren una alteración de este orden, su desesperación contrasta con la resignación ante de la muerte. Le llama la atención haber silenciado este pensamiento y no haberlo comunicado a su interlocutor. Freud se percata, además, de que estos temas enlazan con una noticia que hacía poco tiempo había recibido en Trafoi: el suicidio de uno de sus pacientes debido a una impotencia sexual.

En vez de pensar que el olvido del nombre Signorelli ha sido casual, toma la secuencia de pensamientos que rehusó decir y adjudica el olvido a este motivo. Establece la secuencia significando donde la palabra Signorelli está vinculada con la muerte, de manera reprimida y rechazada. En el proceso asociativo el nombre Signorelli se divide en dos partes, *Signor* y *elli*. *Elli* reaparece en Botticelli y *Signor*, por su traducción *Herr* (señor), en numerosas asociaciones con los nombres unidos al tema reprimido. Éste es el esquema que Freud nos presenta en la psicopatología.

Es suficiente con este esquema para demostrar la primacía que se da al significante en la producción del olvido. Pero al

mismo tiempo, debemos considerar que en el nombre propio “Signorelli” también está presente la partícula *Sig* del nombre de Freud, Sigmund. Se pone en juego, pues, la caída del nombre propio, en la medida en que estas historias cuestionan su saber y su posición de amo, de médico, en relación con el cuidado.

Hay una caída, un tropiezo respecto al ideal, una perturbación en la identificación a propósito de estas historias que articulan la sexualidad y la muerte. Alguna cosa del paso de la medicina al psicoanálisis interviene en esta posibilidad de perder las plumas, de caída del trazo del ideal del yo. Entonces constatamos este movimiento de la cima de la montaña a la caída de las “cimas” con Fliess, del llevar contacto con la imposibilidad en lo que respecta a la muerte y la sexualidad, que Freud vive como impotencia. Asimismo un tránsito por no poder olvidar su condición de médico, como lo relata en el caso Catalina, al olvido de un nombre propio que incluye el trazo de su propio nombre.

El hijo de Signorelli

Para concluir los orígenes del psicoanálisis, una pequeña historia: Signorelli puede ser considerado amo de la muerte por medio de la belleza, ya que Orvieto pintó los hitos últimos de la vida según la religión cristiana. Se explica que un hijo suyo, de rostro y figura sumamente bellos, al que él estimaba profundamente, fue asesinado y Signorelli, sin derramar ningún lágrima, lo desnudó y dibujó para poder contemplar siempre en esta obra hecha por sus manos aquello que la naturaleza le había otorgado y que la fortuna adversa le había arrebatado. Amo de la muerte por la belleza que impide hacer el duelo, mientras que en el análisis, para que esta operación pueda efectuarse es necesario un tránsito de la belleza a lo bello, un pasaje de la estética a la ética.

LOS FUNDAMENTOS

Planteábamos antes la relación anómala del hombre con el lenguaje. En su práctica médica, Freud tropezó con este campo, donde la construcción del sufrimiento que denominamos “neurótico” se encuentra dominado, incluso organizado, por los mecanismos del lenguaje, sin que el sujeto lo sepa. Los ejemplos de la *Psicopatología* y de *La interpretación de los sueños* que toman al mismo Freud como eje lo explican.

Para Freud, el carácter crucial de esta experiencia implicó la sensación de un cuestionamiento, por lo menos vivencial, de los fundamentos del mundo. Se percató, tal como afirma en *Historia del movimiento psicoanalítico*, que pertenecía al grupo de aquellos que han turbado el sueño del mundo. Cuando escribe a Fliess refiriéndose a la interpretación de los sueños, se refiere como “mi planta de jardinero”.

Cuando comenta esta expresión, Lacan remarca que Freud quiere decir que una nueva especie ha salido de su vientre, cosa que nos remite a un escrito de Salvador Dalí, titulado “¿Qué hay de nuevo Velázquez?” y que forma parte del texto *¿Por qué se ataca a la Gioconda?*

Dalí señala que es factible coger con nuestras manos una aceituna y hacerle hacer un recorrido que salga de Port-Lligat bien temprano para llegar a Montpellier a una hora precisa en que haya un máximo de luminosidad. Escogeríamos entonces un lugar para colocarla para que, iluminada por la luz

solar, llegase a la máxima objetividad y claridad descriptiva. Sometida primero a una simple observación y recurriendo después al microscopio electrónico, quedaría reducida a un punto en el espacio donde ya no sería nada. Y de este vacío, como del vientre de una araña, saldrían los hilos de seda, los hilos de oro y los de lana. Con estos torrentes, con estos arroyos de luz, se teje el tapiz de nuestras vidas. Dalí emula, en definitiva, *Las hilanderas* de Velázquez, ya que considera que a partir de Velázquez la pintura del mundo gravita en torno a España.

El orden del hilado se articula en el entramado inconsciente y se anuda a lo simbólico y a esta pequeña aceituna que queda en reserva, como la nuez en el bolsillo de la armadura del caballero de la Edad Media, el objeto en psicoanálisis. Pero advertimos que si por una parte es una reserva, por la otra, ya no es nada. En psicoanálisis, el estatuto del objeto implica la falta de objeto, un centro desconocido, un ombligo, una hiancia —apertura—, una especie de micelio desde donde se despliega el tramado de asociaciones.

En el marco de estas coordenadas, el significante y la falta de objeto, es donde presentaremos los fundamentos del psicoanálisis: el inconsciente, la repetición, la pulsión y la transferencia. Hay que considerar al mismo tiempo que ni Freud ni Lacan tenían fascinación por las definiciones y que presentar los conceptos fundamentales implica desarrollar la historia de su producción, la forma como estas nociones se fueron gestando.

El inconsciente

Si el libro de los *Sueños* es para Freud su planta de jardinero, el sueño de la monografía botánica reafirma la articulación entre el inconsciente y el hilado de las asociaciones. Cuando

relata este sueño, observa que nos encontramos en una especie de fábrica de pensamientos en la que, como en una obra maestra de hilandería, se entrecruzan todos los hilos. Cita entonces el Fausto de Goethe: “Se entrecruzan mil y mil hilos, van y vienen las lanzaderas, brotan invisiblemente las hebras y un único movimiento establece mil enlaces.”

El contenido manifiesto del sueño es muy breve, pero las asociaciones que Freud va haciendo son extensas a partir de la palabra “botánica”. Nos dice justamente que la botánica es un verdadero foco de convergencia, en el que se reúnen y del que parten numerosas series de ideas. En el apartado sobre la psicología de los procesos oníricos, explica que incluso en los sueños más bien interpretados, nos vemos obligados a dejar en las tinieblas un punto determinado. Este núcleo de opacidad, este foco de convergencia de las ideas latentes, es un nudo imposible de deshacer. Lo podemos considerar como el ombligo del sueño, es decir, el punto que constituye el vínculo con lo desconocido.

Cuando en el seminario *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Lacan aborda el concepto de inconsciente reanudará esta distinción freudiana entre el hilado del inconsciente y el ombligo del sueño, diferenciando la ley del significante y el dominio de la causa. Señala que el inconsciente freudiano nada tiene que ver con las formas que le precedieron, y que incluso actualmente se denominan “inconsciente” conceptos que designan simplemente lo no consciente.

El inconsciente romántico, el inconsciente de las divinidades nocturnas, el inconsciente enlazado con alguna voluntad oscura, el inconsciente metafísico, lo pasional que nos sobrepasa, se deben distinguir del inconsciente freudiano. Freud destaca el pensamiento inconsciente y explica que funciona de manera tan elaborada que hace que la conciencia pierda su privilegio.

El inconsciente es una puerta

El inconsciente, según Lacan, está estructurado como un lenguaje. No podemos olvidar que es habitual representar el inconsciente como una cosa profunda, como un sótano, como una caverna, pero esta comparación no es la adecuada para su representación. Lacan compara el inconsciente con una puerta. Una puerta puede estar abierta o cerrada, pero eso no nos da la idea de interior o exterior: si se perfora una puerta, ¿dónde está el interior y dónde el exterior? Una puerta no cumple la misma función instrumental que una ventana, la puerta es esencialmente de orden simbólico. Al ser de orden simbólico, la puerta puede abrirse, como la boca de Irma, a alguna cosa que no sabemos muy bien si es imaginaria o real. La puerta está alternativamente abierta y cerrada, cosa que engendra una oscilación. El inconsciente se manifiesta, entonces, por una pulsación temporal, una especie de latido.

Este carácter pulsátil del inconsciente implica que su movimiento es de apertura y de cierre. La discontinuidad es la forma esencial en la que se manifiesta el inconsciente como fenómeno. La primacía del significante sobre el sujeto nos remite a la experiencia del chiste, del rasgo de ingenio, que ilumina la división del sujeto. El significante representa un sujeto para otro significante, hecho que marca la división del sujeto con relación al par de significantes. Ésta es la estructura de todas las formaciones del inconsciente. El juego combinatorio estructura el campo del inconsciente.

Pero al mismo tiempo, Lacan evoca una dimensión del inconsciente que se había olvidado: la función de la causa. La causa se distingue de la ley, de aquello que hay de determinante en una cadena. La ley establece relaciones constantes entre los elementos, lo cual produce una cadena. La causa introduce una hiancia entre la causa y el efecto, es algo que se escapa.

Siempre que nos referimos a la causa hay alguna cosa indefinida, que se resiste a ser conceptual. Cuando Freud habla del ombligo de los sueños, de este centro desconocido que remarcamos como foco de convergencia, designa esta hiancia, este dominio de la causa. Éste es el nivel más radical del inconsciente.

Si en lo que respecta al inconsciente, Freud reduce lo que escucha a la función significante, la experiencia le demuestra que topa con ciertos límites: la resistencia, el hecho de no sarnarse. Quizá uno de los historiales más ejemplares en lo que respecta al inconsciente estructurado como lenguaje, es el del hombre de las ratas, de 1907.

El hombre de las ratas

En octubre de 1907 acude a la consulta de Freud un joven jurista vienes víctima de una gran crisis de angustia después de haber realizado un período de maniobras militares. Entonces tenía 29 años. Conocía a Freud por la lectura de la *Psicopatología de la vida cotidiana* y había encontrado en los mecanismos que se describen, y que hemos abordado con el olvido del nombre Signorelli, una analogía respecto a sus propias defensas.

Al principio encontramos ya una correspondencia con lo que Lacan llama “sujeto supuesto saber”, porque este saber es localizado en Freud. Asimismo, podría localizarse en el inconsciente del paciente, ya que identifica este saber con sus mecanismos defensivos.

La neurosis del hombre de las ratas se puede caracterizar como un gran sueño, aunque paradójicamente en este historial los sueños no ocupan un lugar prevalente. Pero se puede considerar un gran sueño porque el inconsciente se manifiesta en una especie de dialecto, que permanece cerrado, incomprendible, para quien lo emite. Este tipo de dialecto ilustra la

relación del inconsciente con el lenguaje, por la fuerte determinación en su vida de las palabras sentidas, de los oráculos en juego, de los juramentos no cumplidos.

Justamente cuando el joven relata uno de sus recuerdos infantiles se advierte la condición de oráculo de las palabras escuchadas. Se trata de un episodio en el que había cometido una travesura que motivó la reprimenda y el castigo de su padre. Pero en medio del castigo, como no conoce palabras insultantes, exclama: “Toalla, lámpara, velador”, es decir, que lanza al padre las palabras que tiene a mano, por decirlo de alguna manera. Ante este comportamiento, alarmado, el padre para el castigo y lanza el oráculo: “¡Será un gran hombre o un gran criminal!”

Freud hace una llamada irónica a pie de página en la que comenta que el padre olvidó un tercer destino, la neurosis.

La dimensión criminal también se manifiesta en un sueño en el curso del análisis, en el cual sueña que la madre de Freud había muerto. En el interior del sueño, al mismo tiempo, se produce un *lapsus calami*, un error en la escritura, porque para enviar las condolencias en una esquela, escribe “felicitaciones”. Podemos apreciar la combinación de dos formaciones del inconsciente, el sueño y el lapsus, que establecen la condición singular del inconsciente del hombre de las ratas.

La gran obsesión

Después de un período de maniobras militares, el joven jurista vienés está afectado por una gran crisis de angustia. Durante estas maniobras ha tenido lugar un episodio menor que después tendrá gran importancia. Ha perdido las gafas para ver de lejos y ha escrito a su óptico de Viena para que las reponga. La encargada de la estafeta de correo paga el pedido

de las gafas cuando llegan, confiando en este caballero que a duras penas conoce.

Paralelamente sucede un hecho altamente perturbador para el paciente: un relato que escucha de un capitán, que el hombre de las ratas caracteriza como el capitán cruel a causa de sus gustos punitivos. El relato que le impresiona vivamente es el de una tortura que consiste en la introducción de una rata en el recto de la víctima por medio de un dispositivo ingenioso. No sólo es tomado por la angustia, sino también por una obsesión fantasmagórica de que este suplicio pueda ocurrirle a su amada y a su padre, aunque éste ha muerto ya hace diez años.

Los dos episodios se entrelazan, porque el capitán cruel le dice que debe pagar la deuda del pedido de sus gafas al teniente A. El hombre de las ratas sabe que no es a este teniente a quien debe el dinero, sino al teniente B que es amigo suyo, pero después de un primer impulso en el que dice “no pagaré”, surge el imperativo que le ordena “pagarás y pagarás de la forma que el capitán cruel estipula”.

Alrededor del tema del pago se despliega la obsesión de todo un trazado que imagina qué debe hacer en la cadena de pagos: del teniente A a la encargada de la estafeta y de ésta al teniente B, tal como lo había ordenado el capitán cruel. Pero no hace nada de eso, sino que coge un tren hacia Viena, mientras piensa en cada instante que puede bajar del tren, volver sobre sus pasos, cumplir el rito, pagar la deuda y cancelar la obsesión.

Cuando llega finalmente a Viena, ya desesperado, va en busca de un amigo, caracterizado como el amigo salvador, que le dice que la solución es muy simple, que envíe un giro a la encargada de la estafeta de correo, que desde un principio se sabe que es quien ha pagado. Las puertas de Freud no están lejos de allí.

El mito individual

Lacan aborda este historial en diversas ocasiones, pero nos centraremos en la conferencia que pronunció en el Colegio de Filosofía en 1951 y que se conoce como “El mito individual del neurótico”. El nombre de la conferencia se une al texto de Freud “La novela familiar del neurótico”, y ambos acentúan el estatuto de ficción y la relación con la verdad.

Lacan aísla una célula elemental, un mitema, siguiendo Lévi-Strauss, y señala que el trabajo del significante es ordenar el conjunto del caso clínico. Lo que progresivamente va apareciendo a medida que el relato se desenvuelve es lo que Lacan llama la “constelación familiar”. Esta constelación se construye fundamentalmente con relación a dos hechos.

Uno de los episodios es la reiteración de una conversación que tiene como protagonista principal a la madre del hombre de las ratas. En este diálogo con el padre se presenta un tipo de juego, una cosa malvada, irónica por lo menos, a ratos divertida, en que recuerda al esposo que, antes de casarse con ella, estaba enamorado de una mujer bonita pero pobre. Nos enteramos entonces, aunque no se mencione, pero la reiteración lo insinúa, que el padre ha hecho una boda ventajosa. El padre contesta, con un tono que suponemos resignado, que es así, pero que no entiende porqué hay que recordarlo con esta insistencia, si para él se trata de una cosa distante y olvidada.

El otro elemento de la constelación del cual siempre se habla es que el padre, suboficial en el ejército, por su pasión por el juego había perdido el dinero que se le había confiado, palabra que también vuelve del fondo del regimiento.

La intervención de un amigo, que le dejó dinero para salvar la situación, permitió proteger su figura social. Esta figura del amigo salvador siempre se recuerda, ya que nunca se volvió a encontrar, por lo que la deuda quedó pendiente, sin saldar.

Advertimos que el mitema aislado se compone de dos acontecimientos fundamentales en relación con la palabra: no cumplir, por una parte, la palabra de amor, y por la otra, la palabra de honor.

Asimismo hay en juego cuatro personajes: la mujer rica y la mujer pobre, el padre y el amigo. Atravesando las dos historias y circulando entre los personajes encontramos un objeto privilegiado: el dinero.

Lo más sorprendente es que esta célula elemental se repite en la vida del hombre de las ratas, después en la obsesión fantasmática y para acabar, en la transferencia con Freud. La neurosis se desencadena cuando el hombre de las ratas es colocado en la misma situación que su padre. Está enamorado de una joven, que en la historia se llama “dama de sus pensamientos”, pero su madre le propone que se case con una prima de posición acaudalada.

La figura del amigo salvador se repite en la realidad bajo la forma del amigo al que siempre recurre cuando se encuentra desbordado por la angustia, y que es aquel que lo lleva ante Freud. En la obsesión fantasmática es el teniente B quien cobra esta dimensión, y en la transferencia el mismo Freud es desdoblado en la figura del amigo y del padre. En la obsesión que mencionamos, la mujer pobre es una camarera con la cual ha tenido una vivencia erótica durante el período de maniobras, y la mujer rica es encarnada por la encargada de la estafeta de correos, por el simple hecho de haber pagado el pedido de sus gafas.

Para acabar, en la transferencia se desarrolla un sueño que Lacan considera el sueño clave. El paciente había visto bajar por las escaleras de la casa de Freud a una joven, e inmediatamente piensa que es la hija de Freud. Durante la noche sueña que esta joven tiene ojos de estiércol. La interpretación de Freud, sumamente concisa, es: “Usted se enamora de mi hija,

no por sus bellos ojos, sino por su dinero”, donde la reiteración mujer rica-mujer pobre pero bonita se manifiesta de forma impactante.

El ombligo del sueño

Ahora bien, si este fragmento del historial ilustra la determinación significativa en la vida del paciente, hay que señalar que Freud se lamentó de que al cabo de un año el análisis se interrumpiese debido a la mejora experimentada, hecho que impidió ir más allá. Por otro lado, el hombre de las ratas muere durante la Primera Guerra Mundial y Lacan observa enigmáticamente que en la guerra encontró su “fin”, elevando el caso a la belleza de la tragedia.

Asimismo, recordamos el sueño clave que reseñábamos al final, donde se produce el lazo de dos objetos: la mirada y el objeto excrementicio. Más allá de la repetición significativa, destaca la cuenca vacía de los ojos ocupada por un objeto extraño, objeto que la interpretación freudiana une al dinero. Justamente en la constelación familiar ubicábamos el dinero en la circulación de personajes y escenas. Podemos señalar, pues, que es un aspecto parcial situar el inconsciente en relación con el sujeto alienado en su historia.

Hemos remarcado que el tramado, la red de significantes, se difunde en torno a un punto central, que nombramos de diferentes maneras: ombligo del sueño, foco convergente, desconocido. Entonces situamos en el centro de la estructura del inconsciente la hiancia causal. La abordaremos con el concepto de repetición.

La repetición

Para Freud la rememoración no es la reminiscencia platónica, no es la vuelta de una forma, de una idea preconcebida.

La reminiscencia comporta la idea de una cosa que ya es, de una cosa ya dada, y recordar sería simplemente recordar lo que en la otra vida era una forma pura. La rememoración, por el contrario, se origina en las lenguas habladas por la parentela, proveniente de las necesidades de estructura, en definitiva, unida al sistema significante. En los inicios de la experiencia, la rememoración de la biografía es una cosa que avanza pero hasta un límite. El pensamiento llega hasta un punto y se para ante la misma cosa y es allí donde situamos lo real.

Más allá del retorno, de la insistencia de los signos a que nos somete el principio del placer, la historia del descubrimiento freudiano se define delimitando la relación entre el pensamiento y lo que es real. En el seminario *Los cuatro conceptos*, Lacan aborda la función de repetición y es tajante, más allá de lo que articula sobre el significante: la repetición es una función que nada tiene que ver con el carácter abierto o acotado de los circuitos de retorno. Sitúa el retorno de los signos unido al principio del placer y asocia la repetición con el más allá de este principio. Como apoyo, toma la neurosis traumática, los sueños traumáticos y el juego del carrete que Freud considera en *Más allá del principio del placer*. Para demarcar el *automaton* y la *tyche*, nos introduce en la categoría de la causa apelando a la *Física* de Aristóteles.

‘Tyche’ y ‘automaton’

Lacan señala que puede llegar a suponerse que el psicoanálisis puede conducirnos a un idealismo, pero por el contrario está orientado hacia aquello que en la experiencia es lo real. Se pregunta de qué manera la práctica analítica por medio de su acción tendría posibilidad de tratar lo real mediante lo simbólico. Caracteriza el *automaton* como el retorno de los signos, como la red de significantes, como aquello que se reitera. Pero

lo real se oculta siempre detrás del *automaton*. Se trata de una cita repetida, reiterada, con un real que se escabulle.

La *tyche* es el encuentro esencialmente fallido con lo real y es donde ubicamos la repetición. El trabajo del inconsciente, los retornos a la red de significantes, nos muestra cómo este automatismo nos lleva hacia el encuentro fallido. Entonces, en el relato del sueño, aquello que se busca es un real que aún está en espera.

El sueño de los cirios

Freud relata el sueño de los cirios en *La interpretación de los sueños* y Lacan lo considera un homenaje al encuentro que resulta fallido. Un niño ha muerto; el padre, cansado, duerme en la habitación contigua y deja a su hijo, que yace en un ataúd, al cuidado de un anciano. En este contexto dramático, se desencadena el sueño del padre. El niño se hace presente, le estira de la manga y le dice: “¿Padre, no ves que ardo?”. Al instante el padre se despierta, va hacia la habitación donde yace el niño y ve horrorizado que, efectivamente, una vela ha caído sobre las mortajas que cubren a la criatura, y se ha incendiado.

Freud, en primera instancia, se da y nos da una respuesta, intentando desligar este acontecimiento de cualquier interpretación oscurantista. Descubre que cuando el padre se ha ido a descansar, dejando el niño a cuidado del viejo, ha pensado que quizá el anciano no estaría a la altura de su función. Efectivamente, se queda dormido. Este remordimiento del padre es ubicado, entonces, como el resto diurno que desencadena el sueño.

El segundo elemento, indica Freud, es que cuando las velas caen sobre las mortajas y las encienden, aumenta el resplandor. La luz pasa a través de la puerta entreabierta, hierde a la retina del padre y este dato, en conjunción con el anterior,

origina el sueño. Freud se pregunta por qué el padre sueña en lugar de despertarse inmediatamente, y responde: para prolongar por un instante la vida del niño.

El sueño es, pues, según Freud, una realización de deseo. ¿No advertimos la complejidad y la extrañeza de esta frase en el contexto del sueño? Avanzamos una respuesta: no habría posibilidad de realización de deseo sin pasar por la castración. Pero nuevamente se redoblan los interrogantes: ¿de qué falta se está hablando?, ¿cuál es su estatuto? Dejamos las preguntas en suspenso, como la reserva a que hacíamos referencia, y quizá rodeándolas nos aproximamos a la respuesta.

‘¿Padre, no ves?’

Freud infiere que en las palabras, “¿no ves que ardo?”, estar ardiendo puede referirse a las antiguas fiebres que seguramente el niño ha sufrido en el curso de la enfermedad que lo ha llevado a la muerte. Por lo que respecta a “¿no ves?”, remarca que es una frase saturada, cargada de afecto y no sabe demasiado bien como situarla.

Cuando Lacan explica este sueño, atribuye la frase “¿no ves que ardo?” a la pulsión escópica, en el campo de la visión y la mirada. Sitúa una esquizia –diferencia– entre el ojo y la mirada. El “no ves” lo sitúa en el ojo y en el campo de la visión. La mirada la localiza, por una parte, en la imagen del niño que se acerca, con una mirada llena de reproche y, por la otra, a “ardo”, bajo la forma de la brillantez, el resplandor. La mirada como objeto aparece de manera central en el sueño y nos aproxima al registro pulsional y a la posibilidad de despertar.

El despertar

Cuando el padre se despierta nos sorprende la coincidencia del sueño con la realidad de los hechos. Es lo que Freud aclara

cuando señala los dos elementos que han actuado, uno como resto diurno y el otro como dato perceptivo. Allí la conciencia se trama de nuevo e imaginamos el padre diciendo: “¡Qué horror, qué barbaridad! ¿Cómo he podido dejar al niño a cargo del viejo?” Lo que se pone en juego pertenece al dominio de la representación que la conciencia se hace de si misma.

¿La acción para poner remedio a lo que pasa, sea cual sea, no lleva el sello de que ya es demasiado tarde? ¿Qué encuentro se podría dar ahora entre este ser inerte y aquel que, desesperado, se reprocha su actuación? Pero hay otro despertar que no sería el de la realidad exterior, sino el del interior mismo del sueño. La llamada del niño es una llamada al padre para que se despierte: “¿No ves, no ves, duermes?”. No es un despertar a la realidad exterior, sino a lo real en el sueño. He aquí lo real que se manifiesta en la frase arrancada al padre mientras dormía debido al trabajo del inconsciente.

Para no extraviarnos recordemos que es un sueño de un padre que, en el momento extremo, se pregunta por una cosa no vista. Es un sueño acotado, sellado, sin asociaciones, pero si el padre pudiese abrirse a esta pregunta que le tortura, si pudiese escucharla, habría otros interrogantes en juego: ¿Qué vio mi hijo que yo no vi? O bien, ¿qué vio de mi imagen paterna que yo no veía? O aún, teniendo en cuenta que el viejo se queda dormido y no está a la altura de su función, ¿qué vio el soñante de su propio padre? Así pues, no se trata tanto de este padre y de este hijo, sino del encuentro fallido entre el padre y el hijo: no hay padre ideal.

El padre como tal es aquel que no ve, no es Dios que lo ve todo. Lo remarcábamos al inicio de este apartado al decir que el psicoanálisis no es un idealismo. No hay padre ideal, y allí está el remordimiento que consume al padre. El sueño concluye con un punto de interrogación, un vacío: el padre está alcanzado porque no ve. No hay respuesta, pero en este lugar

vacío es donde puede ubicarse el porvenir. ¿De qué manera? A través de la pulsión que debe venir. ¿De qué pulsión se trata? De la pulsión escópica: ¿No lo ves?

La pulsión

Empecemos por aclarar un equívoco. Cuando Freud nos habla de *Trieb*, se trata de la pulsión y no del instinto. El instinto (*Instinkt*) es una conducta preformada, propia de una especie, dispuesta a desenvolverse, con un objeto y una finalidad determinados.

La pulsión, si bien estaba presente como noción en la larga tradición filosófica alemana, adquiere su especificidad a partir de la meditación freudiana. La pulsión es un dato radical de nuestra experiencia. Freud la aborda fundamentalmente en tres textos: *Tres ensayos para una teoría sexual* (1905), *Pulsiones y sus destinos* (1915) y *Más allá del principio del placer* (1920).

La diferencia con el instinto

En *Tres ensayos* es donde la diferencia entre pulsión e instinto se aclara. El trazado de la obra es en apariencia simple. Consta de tres apartados que motivan el nombre de tres ensayos y que son: “Las perversiones sexuales”, “La sexualidad infantil” y “La metamorfosis de la pubertad”.

El primer apartado, el de las perversiones sexuales, es sumamente importante, porque por medio de una especie de desfile controvertido, este campo se integra en una teoría unida al sufrimiento y al discurso. Hasta que Freud hace este movimiento, la perversión estaba incluida y reducida al campo de la patogenia incomprensible.

Para dar este paso Freud hace una crítica a la concepción biologizante de la sexualidad, que era la concepción de la medicina de la época. Lo que le interesa remarcar en este primer

apartado es que la noción de “fin” y “objetos” específicos no es tan sólida; no nos encontramos en el campo del instinto. La relación que tiene el sujeto con sus objetos es lábil y eso es lo que le interesa ilustrar por medio de la perversión, la no-determinación del objeto. El objeto, en definitiva, puede variar.

En el segundo de los apartados, estructura la perversión y nos habla del niño perverso polimorfo. La sexualidad del adulto tiene que ver con la manera como el niño se relaciona con determinados objetos. Freud llama “etapas” u “organizaciones” a esta modalidad. Señala una organización oral y la relación con un objeto privilegiado, el pecho, y una organización anal, cuyo objeto es excrementicio. Por medio de estas organizaciones, el niño erogeniza su cuerpo.

Hay que considerar que Freud, en un texto de 1908, *Teorías sexuales infantiles*, observa que estas teorías surgen de la observación de las manifestaciones y las actividades de los niños. Agrega que también se ha valido de los recuerdos infantiles de adultos neuróticos y de las conclusiones y deducciones de sus análisis. La pulsión será siempre pulsión parcial, tanto si es en el niño como en el adulto.

En el tercero de los ensayos, “La metamorfosis de la pubertad”, describe que después de un largo proceso se llegará a los “moldes” de la masculinidad y de la feminidad, que siempre estarán sujetos a vicisitudes. Las vicisitudes de la pulsión son justamente una de las traducciones que se acostumbra a hacer de *Pulsiones y sus destinos*, de las que ahora trataremos.

El estímulo

Al principio de *Pulsiones y sus destinos*, Freud habla de los conceptos fundamentales, que deben ser claros y definidos con precisión para la construcción de una ciencia. La pulsión

es un concepto fundamental, uno de los conceptos necesarios para el soporte del edificio teórico. Pero el progreso de una ciencia, según él, no tolera que las definiciones sean inalterables.

Este principio básico es, pues, una convención, una construcción, una ficción. Así como *Tres ensayos* diferencia la pulsión del instinto, en este texto lo hace respecto al estímulo. Toma como apoyo los modelos de la fisiología para abordar la noción de estímulo y de arco reflejo.

El estímulo es un elemento externo y, por lo tanto, una fuerza de impacto momentáneo y discontinuo. El organismo tiende a suprimir el estímulo por medio de la acción y toma como modelo el arco reflejo: un estímulo aportado desde el exterior es derivado nuevamente hacia el exterior por medio de la acción. Esta acción logra su objetivo alejándose del campo de influencia del estímulo. Ahora bien, la pulsión no es externa, sino interna, y por lo tanto es imposible sustraerse. Tampoco es un elemento momentáneo, sino una fuerza constante que, por otro lado, tiende a la satisfacción, que para ser alcanzada precisa de una transformación en la fuente. Para poder abordar los conceptos de fuerza, fuente y satisfacción hay que desmontar la pulsión.

Los cuatro términos enunciados por Freud son el empuje, el fin, el objeto y la fuente. Lacan de una manera divertida observa que los elementos presentan tantas paradojas que la imagen adecuada se aproximaría a un *collage* surrealista. Pero expliquemos los términos y sus paradojas, ya tendremos tiempo de salir.

Primero, el empuje (*Drang*). Es la cantidad de exigencia de trabajo. Es una energía potencial. No se trata de una energía cinética, de un elemento que dependa del movimiento, porque se trata en este caso del estímulo y su supresión. La cons-

tancia del empuje implica que no se asimile la pulsión a lo que es biológico, que siempre está sujeto a ritmos.

Desde esta perspectiva, ¿qué quiere decir Freud cuando remarca que la pulsión es un concepto límite entre lo que es psíquico y lo que es somático, si no participa de lo que es biológico? Por una parte si la pulsión es interna es porque ha sido introducida en la relación con el Otro del lenguaje y la palabra. De la otra, el elemento somático de la pulsión se puede reducir en la zona erógena. Lo trataremos a continuación.

Segundo, la fuente (*Quelle*). Freud observa que la pulsión sexual nace apoyada en una de las funciones unidas a la conservación de la vida. Da el ejemplo de la succión, remarca que pueden deducirse los datos para el conocimiento de las otras zonas erógenas. El niño satisface su hambre en relación con el objeto alimentario, es decir la leche, pero después de la succión, ya no se trata de la necesidad, sino de una actividad que se origina como un efecto marginal, accesorio. El objeto en juego, ahora, ya no es el alimento, sino el pecho y la zona, que llama “zona erógena”.

La zona erógena se caracteriza por una estructura de borde susceptible de proporcionar satisfacción a los labios en la pulsión oral, y al margen anal en la pulsión anal. Lacan agrega el borde de los párpados, unidos a la pulsión escópica y el conducto auditivo externo para la pulsión invocante. Hay que advertir que estas estructuras de borde, tienen una tradición en la erotología.

Tercero, el fin (*Ziel*). La pulsión tiende a una meta, que es la satisfacción, pero ésta es paradójica. Lo que se constata en el análisis es una cosa que se satisface por la vía del displacer. Para una satisfacción de esta índole, hay demasiado sufrimiento.

Lacan remarca que es lo único que justifica nuestra intervención. Al mismo tiempo, la pulsión puede satisfacerse sin

haber alcanzado su fin supuestamente reproductivo, porque es una pulsión parcial, y su meta es el retorno en forma de circuito. El circuito de la pulsión implica que el empuje de la pulsión emana de la zona erógena y, haciendo un trazado de retorno, vuelve al margen de donde ha partido, después de girar en torno a un objeto. Este movimiento de retorno al punto de partida después de girar al objeto implica la disociación de la meta y del objeto.

Y cuarto, el objeto (*Objekt*). Freud nos dice que es el elemento más variable de la pulsión. Se trata de una parte del cuerpo que tiene la condición de separable. El pecho, los excrementos, la mirada, la voz son objetos que tienen una relación con la condición orificial del cuerpo y la estructura de borde.

La ‘extimidad’

Lacan forjó el neologismo *extimidad* para explicar la dificultad de localización de estos objetos. Se advierte la resonancia de alguna cosa externa e íntima a la vez.

Esta condición de objeto cesible, como trozo separable, es vehículo de alguna cosa de la identidad del cuerpo que antecede a la representación del cuerpo mismo y a la constitución del sujeto.

El objeto oral y anal descansan directamente en la relación de la demanda, mientras que la mirada y la voz exigen una teoría más compleja, debido a su lazo con la castración y la división del sujeto. Para concluir, no hay una relación de sucesión y engendramiento entre una pulsión parcial y otra. No se trata de un proceso de maduración sino que es producto de la intervención de la demanda del Otro en el paso de la pulsión oral a la pulsión anal, y del deseo del Otro en el paso de la pulsión escópica a la pulsión invocante.

Digamos que el retorno a Freud de Lacan se interna en el vacío central del campo que llamamos “deseo”. La relación

de estos objetos con el deseo y con la transferencia es lo que trataremos de unir. Pero antes de eso para cerrar el tema de la pulsión abordaremos *Más allá del principio del placer*.

Un carrete sin hilo

Recorreremos nuevamente al texto de Dalí *¿Por qué se ataca a la Gioconda?*, concretamente al apartado “Psicología no euclidiana de una fotografía”, escrito en 1935. El hecho de retomar algunas cuestiones que plantea Dalí se debe al vínculo estrecho entre el psicoanálisis y el surrealismo. Dalí visitó a Freud en Viena. Entre ellos hubo una especie de malentendido, pero esta relación, que marcamos como de proximidad, se debe fundamentalmente a dos cuestiones.

La primera, por la que se interesó André Breton, es la articulación entre la asociación libre de Freud y la escritura automática del surrealismo. La segunda articulación es la vía del objeto, que estamos trabajando y en la que nos centraremos.

En el texto mencionado, Dalí nos presenta un objeto muy singular, un carrete sin hilo que después uniremos con las reflexiones de Freud y Lacan. Llama la atención del lector sobre un punto de la fotografía que describe con suma precisión: en la esquina inferior izquierda podemos apreciar totalmente desnudo, pálido, pelado, solitario, un carrete sin hilo.

“Fije su mirada en ese carrete sin hilo con objeto de que su insignificancia no le haga dudar de su presencia pequeña, pero real, de su dura y pura objetividad. Fije su mirada en ese carrete sin hilo porque de él les va a hablar Salvador Dalí. Todo el enigma que plantea el carrete sin hilo que acabo de descubrir reside en la dificultad que experimenta el hombre moderno en comprender la situación de semejante objeto, en poder ubicarlo en el devenir espacial y temporal. Ese carrete sin hilo reclama una interpretación. Ese carrete arrojado a un

rincón de la calle de la psicología está ahí y semejantes insignificancias cuyas solicitaciones nos revelan los sueños, hemos aprendido a escuchar antes que los demás, los surrealistas.”

Trataremos, pues, de hacer la interpretación que Dalí nos reclama. En *Más allá del principio del placer*, Freud aborda la repetición, se pregunta por los sueños traumáticos y trasciende la idea platónica de reminiscencia. Analiza la repetición por medio del análisis de los sueños traumáticos y de los juegos infantiles. Relata el juego de un niño de un año y medio con el cual ha vivido durante unas semanas, ya que se trata precisamente de su nieto. A Freud le llama la atención que este pequeño no lllore nunca cuando la madre le abandona durante diversas horas y tiene la oportunidad de observar una conducta un poco perturbadora: el lanzamiento de pequeños objetos a cierta distancia, en un rincón de la habitación, bajo una cama o lugares análogos. Cuando lo hace pronuncia un “oooo” prolongado que Freud interpreta después como *Fort*, que significa “fuera”.

Después de este primer movimiento Freud presencia una cosa más compleja: el niño coge un carrito de madera atado a un hilo y lo lanza con gran habilidad por fuera de la barandilla de su cuna. En este segundo tiempo saluda la reaparición de este objeto pronunciando la palabra *Da* (“aquí”). En esta oposición fonemática Freud interpreta que el niño se resarce, con este acto, de la marcha de la madre, poniendo en escena su desaparición y reaparición a través de esta oposición. Freud se pregunta entonces, cómo puede estar de acuerdo con el principio del placer el hecho de que el niño repita, en el juego, el acontecimiento penoso de la marcha de la madre.

Lacan reanuda este tema porque esta oposición le parece ejemplar en torno a lo simbólico. Lo hace particularmente en *Seminario II*, el seminario sobre el yo, ligado, en su enseñanza, al tema de la compulsión a la repetición. Es importante

señalar que, en lo que respecta al tema del yo y el estadio del espejo, vincula la salida de este estadio, que se produce a los dieciocho meses, con este niño que juega a la desaparición y reaparición de la madre.

En el seminario *La angustia* Lacan ubica el objeto “a” como real y en el seminario siguiente, *Los cuatro conceptos*, reconsidera el juego de este niño en relación con el objeto. Introduce una variante que es de suma importancia. Ya no se trata simplemente del privilegio que se otorga a lo simbólico y a la oposición fonemática sino que Lacan se centra en el juego con el carrete. Lo que toma en consideración, más allá del juego reiterado, es la temática del foso.

La madre, nos dice Lacan, ha cavado un foso con su desaparición y el niño, en el umbral de este foso, juega con este carrete. Pero al mismo tiempo hace una indicación muy precisa. El carrete no es la madre. No es la madre, ironiza Lacan, reducida a una pequeña bola, sino que es un trocito del sujeto que se desprende, pero que continúa siendo suyo, ya que le retiene. Y a este objeto separable le da el nombre de “a” en el álgebra lacaniana.

El analista y el amor

Desde el inicio el lugar del analista fue un lugar cuestionado, incluso sometido a sospechas. Se reprochaba a Freud haber empezado de una manera muy próxima al magnetismo, la magia y la hipnosis. Recordamos, además, que en los mismos orígenes, estaba presente la temática del amor.

Joseph Breuer, coautor con Freud de *Estudios sobre la histeria*, había atendido desde diciembre de 1880 a una paciente a quien llamó Anna O. Breuer designa el método empleado con el nombre de “hipnocatarsis”, mientras que la paciente lo

bautiza con la expresión “cura por la palabra” y también con la más sugestiva “limpieza de chimenea”.

Anna O. producía torrentes de material a todas horas, y Breuer se sentaba a su lado para escucharla casi sin interrumpirla. Todo iba sobre ruedas hasta que el amor irrumpió por sorpresa. Se encontraba tan absorbido por su paciente que sólo hablaba de ella, hecho que motivó los celos de su esposa que súbitamente entristeció.

Cuando Anna O. mejoró notablemente, Breuer decidió poner fin a este tratamiento, le comunicó su decisión y se despidió. Pero aquella misma tarde volvieron a avisarlo y encontró a Anna en un estado de gran agitación, con dolores de pseudoembarazo y diciendo: “¡Aquí llega el hijo de Breuer!” Éste, profundamente alterado, la hipnotizó por última vez y después huyó de la escena empapado de sudor frío. Años después, comentando este episodio, Freud dijo de Breuer que no había en él nada fáustico: “Tenía las llaves en la mano y las dejó caer.”

El amor

En *Observaciones sobre el amor de transferencia*, escrito en 1914, Freud dice que invitar a la paciente a regular sus pulsiones y a renunciar cuando ha manifestado su amor implicaría un solemne disparate.

Sería equivalente a invocar a un espíritu del Averno (el lago próximo a Nápoles que por las emanaciones sulfurosas que emite se creía que era la entrada a los infiernos) y después de hacerlo, una vez surgiera ante nosotros, atemorizados, despedirlo sin interrogarlo. Freud liga entonces las llaves a la transferencia para servirse del pequeño pero temible dios Eros. En *Observaciones* aclarará algunas de las características de este amor, que tiene su lado cómico, pero

también su lado serio e incluso penoso. El movimiento más importante es acreditar este amor como auténtico, como el amor cotidiano, si es que el amor surgiese todos los días. Es un amor espontáneo y que irrumpe de tal manera, dice Freud, que la escena cambia completamente. Tiene una condición artificial.

Freud remarca que es menos prudente y más ciego en la estimación de la persona amada que en cualquier otro enamoramiento, pero que al mismo tiempo está presente y constituye el nódulo esencial de cualquier enamoramiento. Lo que trata de señalar en definitiva es que la intensificación se debe a la resistencia: “Se ha producido precisamente en un momento en que suponíamos que la paciente comunicaría un fragmento especialmente penoso e intensamente reprimido de la historia de su vida.”

Nos indica que se interrumpe la comunicación del inconsciente y se manifiesta como un fenómeno de cierre de éste. Freud aclara la faz de resistencia de la transferencia, pero advierte que la resistencia no crea este amor, por lo que no aporta nada, por el contrario, a la autenticidad del fenómeno. Remarca que el amor de transferencia presenta un grado menor de libertad que el denominado normal, ya que delata su dependencia del modelo infantil. Pero cuando más adelante señala que los caracteres divergentes de lo normal constituyen el nódulo esencial de todo enamoramiento, las diferencias entre uno y otro amor no son tan claras.

La transferencia

En este texto de 1912 aparece lo que Freud pensaba sobre el amor de transferencia y su dependencia del modelo infantil, pero lo hace extensivo a la vida erótica en general. En *La dinámica de la transferencia* aclara que las influencias experimentadas

en los primeros años de la vida determinan en cada persona su modalidad de elección. Por lo tanto, resulta un cliché reiterado, repetido a lo largo de la vida, siempre que se lo permitan las circunstancias exteriores.

Así, en el marco del análisis incluirá al analista en una de las series psíquicas que se habían reiterado hasta entonces. Une la transferencia a la repetición y la extiende de forma que incluye toda la dimensión de la experiencia analítica. Incluso esta condición de la experiencia hace que hablemos de neurosis de transferencia.

La transferencia se va ubicando entonces como el motor de la cura analítica, como la palanca necesaria para el tratamiento, aunque destaca al mismo tiempo su condición de obstáculo. ¿De qué manera? Al final del texto nos da su respuesta: “Estos fenómenos nos prestan el servicio inestimable de hacer actuales y manifiestos los impulsos eróticos ocultos y olvidados de los pacientes, ya que al fin y al cabo nadie puede ser vencido *in absentia* o *in effigie*.”

‘El encantador pudriéndose en su tumba’

“¿Qué será de mi corazón entre los que se aman?”, escribe el poeta Guillaume Apollinaire, que acuñó la palabra “surrealismo”, al inicio del *encantador pudriéndose en su tumba*. La historia nos explica poéticamente el encuentro entre Merlín que vivía en los bosques oscuros y profundos y una doncella de gran belleza llamada Dama del Lago. Él tenía la misma naturaleza que su padre, un demonio, que por la noche se había presentado en la cama de su madre. Ella era la primavera inútil, el océano nunca en calma. Él había aprendido de su padre todo lo que un corazón podía saber de la ciencia perversa y ella se empeñaba en decirle que le enseñase una parte de sus facultades.

Como la Dama también tenía sus trucos, cuando Merlín le enseña con oscuras palabras qué hay que hacer para encerrar a un hombre en un lugar del cual no pueda salir, es él quien encuentra sepultura. Entonces hay un diálogo prodigioso entre el encantador que se pudre en su tumba, pero que conserva allá al fondo su voz, y la dama que, sentada sobre la piedra con que lo ha encerrado, llora la muerte de su amado. “¿Quién es más ingrato?”, una pregunta que no proviene de ningún lugar, de la misma forma que la respuesta nos sorprende: “La herida del suicida, ella mata a su creador.” Porque, como concluye Apollinaire, “yo tenía conciencia de eternidades diferentes del hombre y la mujer”.

En el seminario *La transferencia*, Lacan señala que quizá el análisis es la única práctica en la que el encantamiento es un inconveniente. Se pregunta si quizá alguien ha oído hablar de un analista encantador. Freud nos da una serie de consejos que son graciosos y al mismo tiempo estructurales: “El enamoramiento de la paciente depende exclusivamente de la situación psicoanalítica y no puede ser atribuido de ninguna manera a los atractivos personales, por lo que el analista no tiene ningún derecho a envanecerse.”

Al mismo tiempo, no podemos disuadir al paciente de que abandone este amor, porque tiene una relación directa con la verdad, por el lazo entre la verdad y el amor o por la verdad que este amor comporta. Tampoco podemos corresponderle, no para aferrarnos a una moral burguesa, sino porque desde el lado del analizante sería un triunfo de la repetición, y desde el lado del analista sería el no-respeto a la asociación libre, al fundamento del dispositivo. Concluiremos, pues, que si en el amor de transferencia el objeto a que se remite es indiferente, el analista como objeto de este amor no vale sino para ocupar el lugar de otra cosa.

Platón y el amor

Es este otro elemento, que se une a lo desconocido, el que nos lleva ahora a abordar *El banquete* de Platón. Sabemos que *El banquete* puede ser considerado el primer gran texto sobre el amor. Se trata de una ceremonia en torno a una mesa donde los comensales tratan de elaborar un discurso metódico, consistente. Los diferentes estudiosos de *El banquete* se han referido fundamentalmente a los discursos iniciales sobre el amor y llegan a la conclusión de que el último es la clave de la ideología de Platón alrededor del tema del amor. Es aquel en el que al inicio toma la palabra Sócrates para después cederla a una mujer, Diotima.

Este ejercicio conceptual de los diferentes discursos en los que el amor es elogiado tiene como tema principal la belleza, singularmente el cuerpo en tanto en cuanto bello. Después, en un movimiento de elevación, Diotima lleva a cabo un tránsito de la belleza de los cuerpos hacia la belleza ideal, que aproxima a lo que es verdadero. Las resonancias de esta interpretación han continuado en la tradición teológica y filosófica y han impregnado gran parte de la concepción del amor hasta nuestros días.

Lacan reanuda este gran texto en el seminario *La transferencia*, pero llamándonos la atención sobre las últimas páginas de *El banquete* donde se describe la llegada de Alcibíades, borracho, a la casa de Agatón. Este rito celebrado se ve alterado por algo que no estaba previsto y Alcibíades empieza a hacer un relato escandaloso, que es el que Lacan quiere poner de relieve.

Lo que Alcibíades grita en una confesión espantosa es su dolor, su rabia incluso, de hombre deseoso que no ha recibido ninguna respuesta, ninguna señal. Un hombre que, en definitiva, ha quedado deshonrado. Ha dormido bajo una misma sábana con Sócrates y éste no ha dado ningún gesto de retorno

a sus solicitudes, concretamente no se ha erectado. Y por otro lado, este hecho, antes del ámbito de lo privado, se confiesa ahora ante un público que es el del banquete, un público que quizá podría escucharle.

Lo que Lacan quiere poner de relieve con crudeza es el paso del universo ideal al orden de lo cotidiano, aquel que nos toca en nuestra condición de analistas.

Alcibíades compara a Sócrates con una imagen cuyo exterior representaría un sátiro, pero que en su interior hay una joya, una cosa preciosa. Es decir, que más allá de la caja rústica que es el rostro de Sócrates, en su interior está la joya, el objeto precioso. Y la respuesta de Sócrates, que llega de forma pausada, sin estridencias, es que no hay nada de eso en él, que el cofre no tiene joyas, que en él habita el vacío.

LA CADUCIDAD

Más allá del principio del placer, de 1915, es conocido también como *La caducidad*, e incluso como, *La transitoriedad*, una disparidad que no es ajena a las diversas resonancias que suscita. Es un texto hecho por encargo. La iniciativa de los promotores era mostrar al mundo que la tierra de Goethe era aquella donde habían florecido grandes espíritus. Strachey aclara que, en agosto de 1913, Freud se había retirado una temporada a una región alpina del Tirol, donde tuvieron lugar los hechos que motivan el relato.

Freud se pasea por una florida campiña estival en compañía de un joven poeta, ya célebre, y de un compañero silencioso y taciturno. Algunos comentaristas identifican al joven poeta con Rainer Maria Rilke y al compañero silencioso y taciturno con su amiga Lou Andrea Salomé, personajes muy próximos a Freud.

Este texto es un borde, por una parte por la proximidad de la guerra, y por la otra, por la proximidad del relato con la pérdida. Al mismo tiempo tiene una relación de contigüidad temporal con otros dos textos con los cuales se enlaza, *Duelo y melancolía* y *Consideraciones sobre la guerra y la muerte*, ambos de 1915.

En 1913, Rilke tenía 38 años, pero diez años antes ya había escrito *Las cartas a un joven poeta* dirigidas a un iniciado que le

interrogaba. En aquel texto, ya están presentes los temas del tiempo y del tránsito en esta sutil disparidad.

¿Por qué llama “amigo silencioso y taciturno” a Lou Andrea Salomé? Era una mujer de gran belleza y había sido amante, entre otros, de Nietzsche y Paul Ree. Cuando aún era una muchacha, explica Freud, había establecido una intensa amistad con Rilke, de quien muchos años después fue al mismo tiempo musa inspiradora y madre solícita. Además, se había iniciado en el psicoanálisis y sus escritos eran de una gran lucidez.

A la muerte de Lou Andrea Salomé, cuando Freud escribe las necrológicas, nos aproxima al tema del silencio, porque señala que su personalidad permaneció oscura y que por discreción nunca habló de su propia obra literaria y poética. En el paseo que dan juntos, Freud se sorprende de que sus acompañantes, a pesar de admirar la belleza de la naturaleza circundante, no puedan gozar, porque todo este esplendor está adscrito a morir. Freud manifiesta su incompreensión por el hecho de que la caducidad de la belleza pueda enturbiar el placer que nos proporciona. Asimismo no comparte que la limitación temporal estropee la belleza de la obra artística o de la producción intelectual.

Freud identifica la posición de Lou con la pretensión de la eternidad, una rebeldía que une con “el eterno femenino” y dice que más adelante pudo descubrir con sorpresa que las fragilidades femeninas le eran ajenas. La posición de Rilke, el joven poeta, es la del tedio, una operación de cierre, de clausura, que Freud describe como un vestirse de luto con anticipación. Freud localiza el hecho de no poder gozar de la belleza y la imposibilidad del duelo en función del hecho que no se puede perder un objeto. El objeto no puede caer por la rebeldía que comporta la idea de la eternidad o por el tedio universal como operación de clausura.

La caída

La razón de Occidente marcó un episodio que tiene una relación directa con la caída, como el inicio de la locura de Nietzsche. Un caballo cae al suelo, es golpeado por el cochero y Nietzsche, llorando, se abraza al animal. Este acontecimiento de profunda significación es considerado el inicio de la locura por la dificultad de la razón de situar una diferencia entre el semejante y el prójimo.

El semejante está en relación con lo que es similar y el espejo, pero el prójimo es ese vacío del Otro que también está en mí, o incluso en esa maldad del prójimo que también habita en mí.

Lo que cae de la naturaleza, Lacan lo formula con la pregunta: “¿qué es un cuadro?”, en *Los cuatro conceptos*. Relata la extrañeza de una película a cámara lenta, donde Matisse es filmado mientras pinta. Por la extrema rapidez de las pinceladas habla de la lluvia del pincel, de las pinceladas que lloven del pincel del pintor, casi sin elección. Se despliega un hecho diferente de la organización del campo de la representación y se pone en juego otra cosa. Esta otra cosa, que interroga con la lluvia del pincel, lo lleva a formular: “Si un pájaro pintase, ¿no lo haría dejando caer sus plumas, una serpiente sus escamas, un árbol sacándose las orugas y dejando llover sus hojas?”

¿No deja Freud caer sus plumas en el camino de vuelta de la cima?, o como dice Nietzsche: ¿no nos roza el aliento del vacío, no estamos cayendo hacia atrás, hacia un lado, hacia delante?

Jean Genet y Rembrandt

Jean Genet, comediante y mártir, nos dice que nuestra mirada puede ser sagaz o parsimoniosa. Esto no depende de

nosotros sino de la cosa misma, tanto si el objeto se precipita ante nosotros como si la lentitud lo vuelve costoso y pesado.

En *Lo que queda de un Rembrandt* cortado a trocitos, Genet describe al joven Rembrandt cuando tenía 20 años pasando todo el rato ante el espejo. Atractivo, pagado de sí mismo, se mira no para arreglarse y salir corriendo al baile, sino complaciente y en soledad. Sus autorretratos reflejan esta captura ante el espejo. Pero después de haber perdido a su madre y a su mujer, su ojo y su mano se liberan. Su pintura cambia radicalmente a partir de la muerte de las personas a quien más amaba. Incluso, cuando pinta autorretratos como el de Colonia, el rostro y el fondo son tan rojos que todo el cuadro, según Genet, hace pensar en una placenta secada al sol. En castellano, se utiliza el término *caducas* para designar la placenta, aquello que como resto se desprende.

Genet concluye con lo que podemos llamar un paso de la estética a la ética en relación con el objeto y su pérdida: “Hizo falta que Rembrandt se reconociese como a un ser de carne, de carnaza, de sangre, de sudor, de ternura y de inteligencia, cada una saludando a las otras.”

Pasa de la estética a la ética, del semejante al prójimo, del espejo al cuadro, del narcisismo a la falta de objeto.

El porvenir

Para acabar, relataremos una pequeña historia de Lacan en relación con su propia experiencia de vida. Se encuentra alojado en una residencia en Londres, acompañado de su mujer, invitado por una institución francesa unida a la cultura. Por la mañana su mujer le comenta: “El profesor D está aquí?”. El profesor D era el maestro de lenguas orientales de Lacan, y como se sorprende por la afirmación de su mujer, le pregunta

por qué lo sabe. “He visto sus zapatos esta mañana”, es la respuesta.

Lacan no se acaba de creer que un par de zapatos en el pasillo sean suficientes para revelar la identidad del profesor D. Además, nada le hace suponer que pueda estar en Londres. Pero al cabo de un rato, al salir de la habitación, ve con sorpresa al profesor D vestido con bata, entre cuyos faldones se entrevén los calzoncillos universitarios. Por lo tanto, concluye, aquellos grandes zapatos del profesor D están en relación con su ser.

Se desliza ahora su pensamiento hacia la pintura de los zapatos de Van Gogh y se pregunta porque nos conmueven. Seguramente porque denotan el camino recorrido, el trayecto de una vida. También porque señalan el esfuerzo y el registro de lo que es humano. Pero no es muy bien por eso, sino porque, según Lacan, están allá para ser tirados. Una cosa que se desprende del cuerpo, que cae, que caduca, que tiene la condición de lo transitorio. En este paso de la belleza a lo bello, lo que se desprende establece un borde y es este borde el que nos puede ofrecer el porvenir.

Bibliografía

- **Freud, S.** (1973). “Caso del hombre de las ratas”. *Análisis de un caso de neurosis obsesiva* (traducción de L. López-Ballesteros y de Torres, ed. original 1909). Madrid: Biblioteca Nueva (Obras Completas, Vol. II).
- **Freud, S.** (1973). *Estudios sobre la histeria* (traducción de L. López-Ballesteros y de Torres, ed. original 1895). Madrid: Biblioteca Nueva (Obras Completas, Vol. I).
- **Freud, S.** (1973). *La dinámica de la transferencia* (traducción de L. López-Ballesteros y de Torres, ed. original 1912). Madrid: Biblioteca Nueva (Obras Completas, Vol. II).
- **Freud, S.** (1973). *La interpretación de los sueños* (traducción de L. López-Ballesteros y de Torres, ed. original 1900). Madrid: Biblioteca Nueva (Obras Completas, Vol. I).
- **Freud, S.** (1973). *Lo perecedero* (traducción de L. López-Ballesteros y de Torres, ed. original 1915). Madrid: Biblioteca Nueva (Obras Completas, Vol. II).
- **Freud, S.** (1973). *Los instintos y sus destinos* (traducción de L. López-Ballesteros y de Torres, ed. original 1915). Madrid: Biblioteca Nueva (Obras Completas, Vol. II).
- **Freud, S.** (1973). *Más allá del principio del placer* (traducción de L. López-Ballesteros y de Torres, ed. original 1920). Madrid: Biblioteca Nueva (Obras Completas, Vol. III).

- **Freud, S.** (1973). *Observaciones sobre el amor de transferencia* (traducción de L. López-Ballesteros y de Torres, ed. original 1914). Madrid: Biblioteca Nueva (Obras Completas, Vol. II).
- **Freud, S.** (1973). *Psicopatología de la vida cotidiana* (traducción de L. López-Ballesteros y de Torres, ed. original 1901). Madrid: Biblioteca Nueva (Obras Completas, Vol. D).
- **Freud, S.** (1973). *Tres ensayos para una teoría sexual* (traducción de L. López-Ballesteros y de Torres, ed. original 1905). Madrid: Biblioteca Nueva (Obras Completas, Vol. D).
- **Lacan, J.** (1986). “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis 1964”. *Seminario XI*.
- Buenos Aires: Paidós.
- **Lacan, J.** (2003). “La transferencia 1960-1961”. *Seminario VIII*. Buenos Aires: Paidós.